

3.º, 4.º, 5.º y 6.º; en cuyo caso los franceses debían evacuar ambas plazas sin la menor dilación. En este punto del tratado había previsto Bernis un plazo de diez años para tener, en el caso más desgraciado, siquiera una prenda en la mano. Contra esta reserva se declaró con la decisión más enérgica el conde de Starhemberg; porque su deseo era equivalente a una orden, y la reserva fue borrada.

Después de haberse cumplido en todas sus partes los artículos precedentes, en especial el 3.º, 4.º, 5.º y 6.º, se pondrían a disposición del infante D. Felipe, duque de Parma, Piacenza y Guastalla, los Países-Bajos austríacos, salvas las partes concedidas a la Francia, como propiedad soberana para él y sus descendientes (artículo 17); pero en el caso de extinguirse su dinastía sin quedar sucesión ni masculina, ni femenina, este país volvería a poder del Austria, excepto la ciudad y territorio de Tournai que quedarían para siempre unidos a la corona de Francia (artículo 19).

El nuevo soberano de este país (la Bélgica ó Flandes) quedaría obligado a indemnizar ampliamente al duque Carlos de Lorena y Bar y a la duquesa Carlota por las rentas de que la cesión de los Países Bajos les privara, reservándose las potencias firmantes dotar al duque Carlos con territorios prusianos si resultaba factible (artículo 20).

Desde el instante en que se cedieran los Países Bajos al infante D. Felipe, cedería éste al Austria los ducados de Parma, Piacenza y Guastalla, y renunciaría al propio tiempo a todos sus derechos de sucesión en los reinos de Nápoles y Sicilia (artículo 21). La toma de posesión de todos estos países no tendría efecto hasta cinco meses después de hallarse en poder de la emperatriz reina la Silesia y el condado de Glatz, conforme prescribían los artículos 3.º, 4.º y 6.º (artículo 22). Respecto de este punto había propuesto Bernis solo seis semanas de plazo y a lo más dos meses; pero Starhemberg se empeñó en que habían de ser cinco meses y lo logró, atreviéndose todavía a calificar de «acto de complacencia» de parte del Austria para con S. M. Cristianísima, a fin de facilitar en cuanto sea posible la ejecución de los arreglos convenidos. En realidad la «complacencia» estaba de parte de la Francia, no del Austria.

En oposición completa a todas sus tradiciones cedió el gobierno francés también en los asuntos de Italia dejando al Austria dueño de disponer las cosas a su gusto. El rey de las Dos Sicilias, en prueba de gratitud por la renuncia que hacía el duque de Parma, debía ceder al emperador como gran duque de Toscana el «estado de los Presidios», é igualmente renunciar a favor del Austria a sus derechos sobre los territorios alodiales de las casas de Médicis y Farnesio (artículo 25).

A esto tuvo también que contribuir la Francia, y además a que quedara asegurada al archiduque Leopoldo, como futuro esposo de la única hija del príncipe heredero de Módena, la sucesión en este último país (artículo 26).

Para el caso de no poder cumplirse a la letra los artículos 3.º, 4.º, 5.º y 6.º, y por consiguiente de haberse de contentar la emperatriz-reina con beneficios menores, se haría un arreglo amistoso con el rey de Francia y el infante D. Felipe para una reducción correspondiente y proporcional de sus beneficios, sin que por esto en nada se disminuyeran las obligaciones de la Francia (artículo 27). En cambio no tenía que prestar el Austria los buenos oficios que había prometido, y que consistían en procurar que la Francia conservase en tiempo de paz la isla de Menorca que había conquistado y tenía en su poder, y que se la librase de las molestas obligaciones respecto de Dunquerque, contenidas en el tratado de Utrecht, sino solamente cuando la emperatriz-reina estuviera en plena posesión de todas las ventajas estipuladas en su favor (artículo 29).

En este artículo deseaba Bernis intercalar muchas cosas: la cesión de las islas de Jersey y Guernsey a la Francia y de Gibraltar a España, la restitución de Bremen y Verden a la Suecia y la exclusión de la marina inglesa de los puertos de Trieste y Fiume. Estos y otros muchos deseos de Bernis fueron sacrificados a la obstinación inexorable de Starhemberg. En el penúltimo artículo secreto se había dejado la Francia cargar hasta con la obligación de pagar juntamente con el infante D. Felipe la deuda de los Países Bajos que subía a 40 millones de florines.

A excepción de un artículo secreto en el cual el Austria anuló formalmente su alianza anterior con la Inglaterra, y Francia la suya con la Prusia, renunciando además ambas potencias a tratar por separado, todo el tratado está escrito con sus 32 artículos principales y accesorios del propio puño del conde de Starhemberg; solo los pocos renglones cuyo contenido hemos indicado fueron escritos por el abate Bernis. Así lo asegura el citado conde, y cualquiera que lea con un poco de atención este documento lo creará sin dificultad.

Por lo general un tratado de alianza entre dos grandes potencias que han estado largo tiempo enemistadas, viene a ser un acuerdo en el cual han quedado conciliados con mutuas concesiones los intereses opuestos; pero el tratado de 1.º de mayo de 1757 fue una excepción de la regla general, porque en él solo hizo concesiones una de las dos partes, y la otra, si las hizo, fue solo en apariencia. Todo este asunto fue un triunfo para la diplomacia austríaca como jamás había logrado antes ni ha tenido después. Para Francia por el contrario fue un delito de lesa patria cometido por negligencia, un baldón que parecía no poder tener igual, y que sin embargo fue sobrepujado por el que resultó de la manera deplorable en que fueron dirigidas por parte de los franceses las operaciones de la guerra.

Federico el Grande no pudo prever ni menos admitir en sus cálculos semejante cúmulo de estupideces y ligerezas; no pudo figurarse que la corte de Versalles se humillaría hasta desempeñar el papel de sirvo de la casa de Habsburgo, porque semejante caso no cabía en la previsión humana; pero cuando lo que era inconcebible se hubo realizado; cuando un mundo en armas se lanzó desde todos los extremos de Europa sobre su pequeño país, escribió en el mes de julio de 1757 las siguientes palabras, cuya completa exactitud podrán ahora confirmar nuestros lectores mismos después de haber leído nuestro relato de los hechos: «Los políticos no saben leer en el porvenir; no entra en sus cálculos lo que el mundo llama *casualidad* y los filósofos *concausas*. Nosotros tenemos principios para guiar nuestro criterio, y estos principios se resumen en el interés de los monarcas y en las obligaciones que los imponen los tratados. Sin embargo, este último punto no está del todo libre de dudas. Pues bien, según los tratados solo estaba obligada la Francia a auxiliar a la reina de Hungría con 24,000 hombres. Ningún convenio absolutamente tenía con el rey de Polonia; ninguna obligación de ayudarle había contraído. Luis XIV hizo la guerra al duque de Saboya que era suegro del duque de Borgoña (1). Los lazos de sangre jamás han tenido influencia en la política de los reyes. ¿Cómo pues era posible prever que las lágrimas de la delfina (2), las calumnias de la reina de Polonia y las mentiras de la corte de Viena llegaran a inducir a Francia a una guerra enteramente opuesta a sus intereses políticos?»

»Desde tiempo inmemorial la Francia ha estado en guerra con el Austria; los intereses de ambas son irreconciliables.

(1) Nieto de Luis XIV.

(2) Nuera del rey de Francia.

En todo tiempo la política de la Francia, ha consistido en tener un aliado poderoso en el Norte, cuyo auxilio en casos dados pudiera serle útil. La Suecia, que antes llenaba este objeto, ha perdido hoy su poderío y su influencia en los asuntos del continente. De consiguiente no quedaba más que la Prusia. ¿Quién era capaz de imaginar que una inversión inexplicable de la inteligencia y las intrigas de un par de cotorras inducirían a la Francia a abandonar sus intereses y el único sistema político que le convenía? ¿A qué pagar subsidios a la Rusia? ¿Para qué armar la Suecia? ¿A qué excitar al imperio germánico contra la Prusia sino para destruir esta potencia? ¿Querían los franceses mostrar con este proceder su rencor por el tratado de neutralidad de

Londres? Si este fue el objeto, la venganza pasó de todos los límites racionales; y si era el objeto lograr las concesiones que la reina de Hungría hizo a los franceses en Flandes, me parece el cebo demasiado grosero, y no sé si la Francia caerá ella misma en la cuenta de que el engrandecimiento de la casa de Austria para el cual trabaja ahora con tanto afán, resultará con el tiempo un gravísimo daño suyo a pesar de su apariencia seductora. Véase la Francia del pretexto de haber garantizado la paz de Westfalia para justificar su entrada en el imperio germánico; y cuando nosotros entramos en 1745 en Sajonia me felicitaron estos garantes de la paz de Westfalia, y me deseaban buen éxito. ¿Por qué ahora ha de ser malo en el año 1757 lo que era bueno en el año 1741? (2).

LIBRO SEPTIMO

LA GUERRA GENERAL CONTRA LA PRUSIA

I. — PRAGA Y KOLIN.

Desde noviembre de 1756 hasta fin de febrero de 1757, es decir, cuatro meses, había negociado el conde D'Estrées con el de Kaunitz en Viena sobre la gran cuestión de la mejor manera de triturar al rey de Prusia en el primer año de la guerra general, con un mundo de soldados. El resultado de tantas conferencias fue la convicción poco halagüeña de que por lo pronto no había que pensar en una acción unida y simultánea de las tres potencias principales, Austria, Francia y Rusia. No había más remedio que dejar a esta última potencia proceder como mejor le pareciese; el Austria tenía que pelear sola en la Sajonia y la Silesia sin refuerzos rusos ni franceses, mientras estos por lo pronto tenían que sitiarse la plaza de Wesel para después de tomarla adelantarse hasta el río Weser (1). Todo esto había quedado discutido y determinado antes de que hubiera dado el enemigo en Bohemia los primeros golpes; pero apenas comenzaron las primeras operaciones se presentó otra cuestión, a saber: la de los generales en jefe. Las potencias coligadas contra la Prusia tenían sobrados generales, capitanes generales de ejércitos y feldmariscales para mandar el medio millón de soldados que habían puesto sobre las armas y aun para ganar alguna batalla, pero no tenían ningún gran capitán capaz de concebir y ejecutar un plan de guerra que permitiera contar con la victoria final y decisiva.

Esta lamentable desproporción entre los medios materiales y los intelectuales era más palpable en Austria que en los demás ejércitos aliados. En enero, según se sabe por un informe de D'Estrées, tenía ya esta potencia 177,000 hombres sobre las armas, es decir, más que la Prusia podía poner en campaña después de atender a la defensa de las plazas fuertes y demás guarniciones fijas; y de este número había destinado 106,000 para atacar a los prusianos en la Sajonia y Lusacia. Estos dieron tanto que hacer durante todo el invierno a la división prusiana del general Lestwitz, situada al

rededor de Zittau, con las continuas escaramuzas sangrientas de sus columnas volantes que atacaban por todos lados desde Rumburg, Gabel y Friedland, que era muy natural aguardar por aquel lado la acometida general de los austríacos, en el caso de que fuesen los primeros en emplear sus fuerzas en grande escala. En todos los puntos principales del Norte de Bohemia tenían acumuladas grandes provisiones de boca y guerra, que por su situación é importancia dejaban entrever claramente a dónde se dirigía el plan de campaña del Austria. También sabemos que la emperatriz, a consecuencia de una Memoria debida a la pluma del príncipe Carlos de Lorena, estaba firmemente decidida, por lo menos ya desde fines de febrero, a dar el ataque general por el lado de la Lusacia con preferencia al de la Silesia. Pero no sucedió lo que era de esperar; no se emprendieron las operaciones por aquel lado a causa de la elección del general en jefe.

La emperatriz había vuelto a encargar del mando en jefe de su ejército de Bohemia a su cuñado, el príncipe Carlos de Lorena, elección que fue muy criticada sin que las críticas fuesen apoyadas por sus autores con la única razón contundente que habría podido hacer impresión en la emperatriz, a saber: indicando a otro general que hubiera podido responder del éxito de la guerra. Como sabemos, este príncipe había perdido las batallas de Chotusitz, de Hohenfriedberg y de Soor; pero esto en opinión de la emperatriz era una garantía suficiente de que el príncipe había aprendido en la escuela de las derrotas el modo de evitarlas en adelante. A la verdad todo dependía de aprender las astucias y mañas del enemigo, para contrarrestarlas ó emplearlas contra él; y así como se habían imitado la instrucción, los ejercicios y maniobras de campaña del ejército prusiano, quizás llegaría a imitarse también su estrategia. Este había sido desde algunos años el estudio favorito del emperador Francisco, esposo de María Teresa y hermano del duque Carlos de Lorena, al cual dió sus notas, memorias é instrucciones, como guía en la nueva campaña. En ellas reveló a su hermano todos los secretos y mañas con cuyo auxilio Federico había vencido

(1) Véanse ARNETH y la obra alemana de STUHR, *Investigaciones y comentarios sobre los puntos principales de la guerra de siete años*; basados sobre documentos. Hamburgo 1842, tomo 1.º 75-102.

(2) Véase la *Apologie de ma conduite* en las Obras completas de Federico II.

hasta entonces, solo porque sus contrarios no los habían descubierto; pero gracias á sus estudios el emperador había dado con el secreto, y ya no había que temer el pretendido arte sobrenatural del astuto contrario. El rey de Prusia, decía el emperador, procura siempre echarse sobre el grueso de las fuerzas enemigas; de consiguiente, decía, el príncipe Carlos podrá fijar á su gusto el sitio y el tiempo para la batalla decisiva, porque el rey le seguirá adonde él le llame con el grueso de su ejército. El rey de Prusia suele engañar á su enemigo respecto de sus planes con marchas y contramarchas, con lo cual sus tropas se encuentran rendidas de cansancio el día de la batalla y á duras penas pueden aguantar algunas horas de lucha; de ahí se sigue que si el contrario es lento, perseverante y sabe economizar y tener concentradas sus fuerzas, ha de salir victorioso. Finalmente, decía el emperador en sus instrucciones, el rey de Prusia casi siempre ha vencido aglomerando la flor de su ejército en una de sus alas con la cual derrotaba al enemigo mientras otra ala, ha menudo muy débil, estaba destinada á un papel puramente defensivo. De ahí sacaba el hermano y mentor astuto del príncipe la lección de que se debía atacar el ala débil y destrozarla antes de que Federico pudiese efectuar su movimiento para impedirlo. Si se observaban exactamente estas instrucciones no había que temer ya aquellas combinaciones imprevistas que con fortuna inmerecida había empleado la táctica del rey de Prusia.

Confiado el príncipe Carlos en estas explicaciones, que hacían depender de su voluntad el comienzo de las operaciones decisivas de la campaña, se quedó hasta el 23 de abril en Viena, y cuando dos días después se reunió con el grueso del ejército en Tuchomierchiz, lo encontró con gran admiración suya en pleno movimiento de retirada por haber invadido los prusianos por todos lados los distritos donde estaban acantonados los diferentes cuerpos. Otra vez se había abierto la campaña encontrando á los austriacos descuidados. La sorpresa fué completa por culpa del feldmariscal Brown, que para mayor desgracia habría sido cabalmente el único al cual la emperatriz hubiera podido confiar el mando en jefe si no hubiese querido darlo á su cuñado el príncipe Carlos. Los partes que Brown dirigió al príncipe en marzo y abril ponen de manifiesto la simpleza de los austriacos, que tan singularmente favoreció las disposiciones astutas de los prusianos. En 29 de marzo escribió Brown desde Praga: «Los movimientos que el rey de Prusia ejecuta con sus tropas confirman cada vez mas la exactitud de la suposición de que solo piensa en la defensiva y quiere fortificarse en la Lusacia y Sajonia, porque aprovecha todas las alturas y ventajas topográficas para levantar obras de defensa. Creo mas y es que el rey de Prusia está resuelto á quedarse con el grueso de su ejército en los alrededores de Dresde, si las circunstancias no le obligan á cambiar de propósito para acudir desde allí al punto donde arrojemos sobre él el torrente de nuestras fuerzas.» (*où le torrent de nos forces va fondre sur lui*).

En esta confianza errónea siguió Brown constantemente, siendo á sus ojos todos los demás movimientos del enemigo, estratagemas y vanos rumores. Así escribió el 6 de abril desde Praga: «Nada de nuevo, á no ser la voz que hacen correr los prusianos de que quieren invadir hoy mismo la Bohemia por cinco caminos diferentes con otros tantos cuerpos de ejército; pero segun sus disposiciones en cuanto es posible conocerlas, esto es muy inverosímil.» El 14 del mismo mes escribe que «el enemigo no cesa de hacer correr voces de su entrada en Bohemia, citándose ahora el día 15 para esta operación.» En una carta del día 20 habla al príncipe de las marchas y contramarchas con las cuales

el rey de Prusia cansaba sus tropas, siendo tales marchas completamente inútiles y sin objeto.

A Federico II convenia que el general Brown, encargado de custodiar la parte septentrional de la cuenca de Bohemia, pensara así y no mirara de otra manera sus planes y los movimientos de sus tropas, á fin de que realmente cinco cuerpos de ejército pudieran atravesar, sin ser molestados y pasando por otros tantos puertos y desfiladeros, los mas difíciles de Europa, la cordillera elevada que separa la Bohemia de la Silesia, y presentarse súbitamente en medio del enemigo que le creía muy lejos de allí ocupado en levantar fortificaciones de campaña.

Federico II había emprendido la campaña de 1757 con la resolución heroica de vencer ó morir, es decir, preparado á todo. A punto de dejar su capital para reunirse con su ejército, entregó el 10 de enero á su ministro Fink de Finkenstein una instrucción secreta y escrita de su propio puño, en la cual había prescrito todo lo que había de hacerse para salvar la monarquía en el caso desgraciado de que los ejércitos fuesen derrotados, de que los enemigos ya por el lado de Levante, ya por el de Poniente, invadiesen el país, ó de que el rey fuera muerto ó hecho prisionero.

Véase la traducción de este notabilísimo documento escrito en idioma francés:

Instrucción secreta para el conde de Fink.

«Berlín 10 de enero de 1757.

»En la situación crítica en que se encuentran nuestros asuntos es preciso que yo dé á V. instrucciones y facultades para adoptar las resoluciones necesarias en todas las contingencias desgraciadas que puedan traer los sucesos. 1.º Si uno de mis ejércitos de Sajonia fuera totalmente derrotado, lo cual no permita el cielo, ó si los franceses después de haber arrojado á los hanoverianos completamente de su país, lo ocupasen y amenazasen desde allí nuestro territorio, ó los rusos penetrasen en él por la parte de Levante, deben retirarse y ponerse á salvo la familia real, los tribunales supremos, los ministros y la dirección general (de hacienda). Si fuéramos derrotados en Sajonia por el lado de Leipzig, será Kustrin la plaza mas propia para recibir á la familia real y el tesoro. Si los rusos penetran por su lado ó en caso de una desgracia del lado de la Lusacia, la familia real pasará con las demás personas y oficinas á Magdeburgo, escoltada por toda la guarnición, y finalmente será Stettin el último refugio; pero no se acudirá á esta localidad sino en el caso mas desesperado. La guarnición, la familia real y el tesoro son inseparables y estarán siempre juntos, y lo mismo se aplica á los diamantes de la corona y á la plata de las grandes salas de palacio, que en tal caso se fundirá y acuñará juntamente con la vajilla de oro.

2.º Si sucediere que me mataran, quiero que los negocios públicos sigan su curso sin la menor variación y sin que se conozca el cambio de dirección. En este caso conviene apresurar los juramentos de fidelidad y los homenajes, tanto en Berlín como en la Prusia Oriental y muy especialmente en Silesia. Si tuviere la desgracia de ser hecho prisionero, prohibo que se tenga la menor consideración á mi persona, y que se haga el menor caso de lo que pudiera escribir desde mi prisión. Si semejante desgracia me sucediere, quiero sacrificarme por el Estado. En este caso debe obedecerse á mi hermano, y éste y los ministros y generales me responderán con su cabeza de que no ofrecerán ninguna provincia ni otro rescate alguno por mi persona. Se continuará la guerra buscando y aprovechando todas las ventajas posibles como si yo jamás hubiese existido. Espero, y quiero creer que V., conde de Fink, no tendrá necesidad de hacer uso de estas ins-

trucciones; pero en caso de desgracia le faculto para aplicarlas, y en prueba de que esta es mi voluntad firme y tenaz, después de haberlo meditado tranquilamente y con madurez, lo firmo de mi propia mano y lo autorizo con mi sello.

»Federico R (Rex).»

En 12 de enero publicó el rey una orden mandando á todo el ministerio, á los tribunales supremos y direcciones superiores que cumplieran exactamente lo que en ciertos casos les mandara, comunicara ó pidiera el ministro del rey conde de Finkenstein en nombre de su real majestad, en virtud de las instrucciones secretas que le había dado. El mismo día 12 salió el rey de su capital y no volvió á verla hasta después de concluida la guerra. En lo que quedó del mes fijó con sus generales Schwerin y Winterfeld el plan de campaña, en el cual tenía tanta confianza, que escribió á su hermana: «Nada temo todavía de los grandes planes que forjan mis enemigos. Empiezo á afinar mis flautas, y cuando principie la campaña que tenemos delante, me lisonjeo de dar algun quebradero de cabeza á los que echan ahora tantas bravatas, para que adivinen mis planes. Me rio de la dieta del imperio y de sus resoluciones. Esta primavera se verá lo que es la Prusia y cómo despachamos con nuestro vigor y principalmente con nuestra disciplina á los austriacos con su superioridad numérica, á los franceses con su impetuosidad, á los rusos salvajes, á las hordas húngaras y todos cuantos se nos opongan.» Esta carta está escrita en Dresde y lleva la fecha del 5 de febrero de 1757.

Su ejército de campaña contaba 152,000 hombres y las guarniciones juntas 58,800. A pesar de un ejército tan numeroso para un país que no contaba 6 millones de almas, era inevitable la ruina de la monarquía si el valor de este ejército no triplicaba su fuerza y si el talento del gran capitán no suplía á ejércitos enteros.

El plan de campaña de Federico era tal como todo el mundo habría debido y podido prever por lo que todos sabían de su táctica. Hallándose el grueso de las fuerzas enemigas en el Norte de Bohemia para poder invadir indifereentemente la Silesia ó la Sajonia, no podía lógicamente tener Federico otro plan mas que caer sobre este grueso para cubrir cuando menos aquella provincia y el electorado al cual trataba también interinamente como provincia suya. Conocida esta táctica ofensiva, en este caso evidentemente la única racional, y sabiendo como todos sabían que era también la táctica favorita de Federico y casi su segunda naturaleza, no se comprende cómo sus contrarios tuvieron tan poco talento que se dejaron engañar por sus disposiciones calculadas para hacerles creer que esta vez cambiaria de sistema. Sin embargo así fué, y la astucia del rey de Prusia fué coronada del mas completo éxito. Mueve ciertamente á risa comparar las comunicaciones del general Brown á su superior el príncipe Carlos, que ya conocemos por la relación que de ellas hace Federico en su historia de la guerra de siete años, con las astucias que empleó y el excelente resultado que le dieron. «A fin de extraviar á todo el mundo, dice, se hizo fortificar la ciudad de Dresde coronando las trincheras con palizadas como para resguardarlas de un ataque súbito. Al propio tiempo eligió el rey en los alrededores de esta capital ciertos puntos ventajosos para formar campamentos atrincherados, como si se preparase á una guerra defensiva. Así se señalaron efectivamente campamentos en Cotta, Maxen, Possendorf, cerca de Mohorn y en la altura de Windberg. Los guarda montes que se requirieron para ayudar se dieron prisa á hacer saber á la corte lo que allí se hacia, y la reina de Polonia (y princesa electora de Sajonia) no se descuidó por su parte en comunicar estas noticias á los generales austriacos. No se

contentó sin embargo el rey de Prusia con estas demostraciones ficticias, sino que al mismo tiempo mandó hacer algunas pequeñas sorpresas en Bohemia para engañar mejor á los generales austriacos y vengar las expediciones que los austriacos habían hecho en aquel invierno en la Lusacia. Así hizo el príncipe Mauricio de Anhalt una incursión hasta Eger; el feldmariscal Keith sorprendió á una división austriaca cerca de Schluckenau, y el príncipe de Bevern copó en BömischFriedland un destacamento de 400 infantes y panduros que se rindieron prisioneros. Todas estas pequeñas empresas aumentaron la seguridad de los imperiales, porque creyeron que el rey sintiéndose incapaz de combinar planes grandes, quería disimular su debilidad con estas algaradas. Para completar el engaño, se mezclaron con estas maniobras simuladas rumores enteramente fundados, pero nadie les dió fe porque todos creyeron que los prusianos los esparcían para engañar á sus enemigos.

En 10 de abril, aniversario de la batalla de Mollwitz, cuando todo estaba preparado para efectuar la gran invasión en Bohemia escribió el rey Federico al de Inglaterra: «La dura ley de la guerra y la de la política me obligan á adelantarme al enemigo para destruir sus planes y dar un gran golpe que anime á mis amigos, que consterne á mis adversarios y me atraiga á los tibios. Aunque está poco adelantada la estación y es difícil la manutención de grandes ejércitos, tengo la fortuna de que el enemigo se ha encargado de suplir estos inconvenientes, y de que la emperatriz haya apurado su Hungría para proporcionarme víveres. Mi plan va dirigido á apoderarme de los almacenes que el enemigo ha establecido desde la Silesia (Alta) hasta Eger (cerca de la frontera mas meridional de la Sajonia y de la oriental de Baviera), en puntos abiertos é indefensos, siendo los principales Jungbunzlau, Leitmeritz, Brix, Budin, Schlan y Königsgraetz. Con este objeto he decidido que el feldmariscal Schwerin penetre en Bohemia con dirección á Jungbunzlau, con lo cual obligará á los 30,000 austriacos acantonados en la Lusacia á desocupar este país y retirarse á Bohemia. Entonces se adelantará hácia ellos el príncipe de Bevern y empujándolos delante de sí, se reunirá con el feldmariscal Schwerin. Entonces penetraré yo en Bohemia y me dirigiré á Aussig, donde el enemigo tiene un pequeño almacén, y al propio tiempo se dirigirá el príncipe Mauricio de Anhalt por Komotau á Brix para apoderarse del almacén que hay allí. Después nos uniremos cerca de Linay, desde donde marchará Schwerin á Leitmeritz y yo con mi división me dirigiré al río Eger que pasaré y tomaré el almacén de Schlan. Brown quedará estupefacto cuando sepa que penetramos por todos lados en Bohemia; y para rehacerse tendrá que abandonar los almacenes, lo cual le obligará á su vez á luchar fuera de su posición designada. La huida por sí sola desanimará á sus tropas de tal modo que espero con fundado motivo un feliz éxito de esta empresa. Entre el día 15 y 18 entraremos en Bohemia, y si todo sale bien, hácia mediados de mayo creo haber arrojado todo este ejército formidable mas allá del Baraunca, lo cual me permitirá destacar fuerzas contra los rusos y franceses, y socorrer á mis aliados allí donde fuere menester.» (1)

El 18 de abril empezó la entrada de 117,000 prusianos en Bohemia. El primer cuerpo que se puso en marcha fué el del feldmariscal Schwerin porque le tocaban los desfiladeros mas difíciles; pasó con toda felicidad desde la Silesia á Bohemia dirigiéndose allí por Braunau, Nachod, Trantenau; y por delante de la división del general Serbelloni que esta-

(1) Hassel inserta íntegra esta carta en la *Guerra de Silesia* y el *electorado de Hanover*, Hanover 1879.